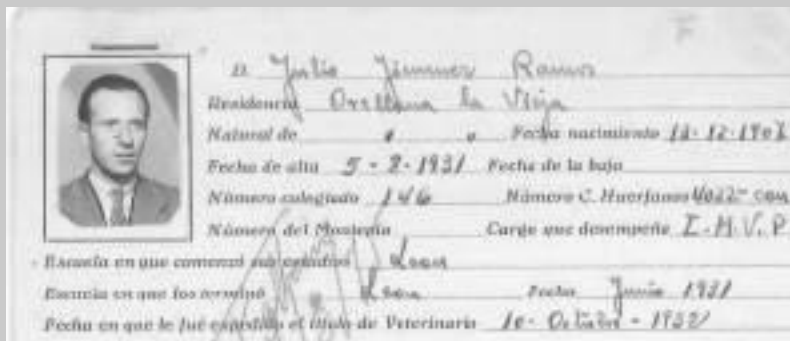


RAFAEL JIMÉNEZ CARRACEDO

D. Julio Jiménez Ramos

Un veterinario de pueblo recordado por su familia



Ficha Colegial

Nos hemos propuesto recordar a nuestro padre como profesional que fue de su tiempo. Algo muy difícil para los hijos, separar todo lo que se ha querido de esa persona para verle en la distancia como alguien ejerciendo su forma de vida, de la que estamos seguros que fue su vocación. Que una persona dedique su vida al bienestar animal es un indicio de su generosidad. Nuestro padre fue veterinario, pero veterinario de los de antes, y en un pueblo de Extremadura, el ejercicio de esa profesión difiere mucho de cómo se entiende hoy por gran parte de la sociedad: más que no entender, diríamos que la desconoce.

Hablamos de Julio Jiménez Ramos. Nació en Orellana la Vieja, provincia de Badajoz, el 13/12/1907. Hijo de un maestro de escuela, se crio dentro de una familia acomodada, pero numerosa, como las de esa época, cuando se aceptaba que hasta que los hijos no pasaban el sarampión no podías contar con ellos.

De niño y coincidiendo con algún amigo y un hermano estudió in-

terno en el colegio de Salesianos de Atocha, en el entonces periférico barrio de Madrid. En 1928 ingresó en la Facultad de Veterinaria de León. Creada en 1852 como Escuela Subalterna de Veterinaria, en principio fue ubicada en el Convento de San Marcos hasta 1860 y posteriormente se trasladó al antiguo Convento de los Descalzos, donde estuvo hasta 1932 para volver a San Marcos de 1932 a 1939. Julio finalizó sus estudios en 1931, luego lo hizo en el Convento de los Descalzos, y su título fue expedido el 10 de octubre de 1932. Esta facultad era el cuarto centro de Veterinaria en España, después de Madrid, Córdoba y Zaragoza.

Al acabar sus estudios eligió quedarse en su pueblo natal, cerca de su familia y junto a los amigos de la infancia. Orellana la Vieja tenía en esa época unos 5.000 habitantes, y dos veterinarios titulares. Además de Orellana la Vieja, debían cubrir las necesidades de Acedera y Orellana de la Sierra. Los 3 pueblos eran más agrícolas que ganaderos.

Tras la guerra civil encontró la pareja de su vida en el vecino pue-

blo de Villanueva de la Serena. Fue Teresa Carracedo Martínez, huérfana de padre militar y con los estudios de magisterio, aunque optó por dedicar su vida a los 5 hijos que tuvieron. La inquietud de Julio fue que todos sus hijos acabaran los estudios porque estaba convencido de que no había peor porvenir que el de un estudiante fracasado.

Julio, como Inspector Titular Veterinario, podía decir el número de animales que había en cada

Que una persona dedique su vida al bienestar animal es un indicio de su generosidad

uno de sus pueblos en una determinada fecha, porque una de sus funciones era la de cumplimentar las engorrosas "Estadísticas": Cada cierto tiempo tenía que rellenar unos documentos donde especificaba el número de cada una de las especies domésticas existentes en sus términos municipales. En aquellos tiempos en los que las gallinas salían de sus casas a buscarse la vida localizando



Junto a su mujer Teresa Carracedo

gusanos y comiendo los granos de cereales no digeridos y expulsados en los excrementos de otros animales, antes de la salida se les introducía un dedo por la cloaca para comprobar si tenía el huevo próximo a salir, si era el caso se la mantenía en casa para no correr el riesgo de que le pusiera por ahí. Entonces los cerdos eran concentrados al cuidado de un porquero municipal para que pasaran el día hozando por los campos. Al final del día regresaban solos, sin ayuda alguna, cada uno a su casa para comer el brebajo que sabían estaba a su punto. Estos, junto a vacas, ovejas y caballerías, etc. eran los animales que trataba de sanar Julio. A veces era difícil lograrlo, pues la penuria hacía que a menudo recurrieran a él demasiado tarde, como nos comentaba con alguna frecuencia. No nos imaginamos que alguien hubiera acudido a él con un perrito deprimido. Entonces los perros tenían que ocuparse de proteger al resto de los animales de la casa y a sus dueños, tenían bastante con mantenerse lo bastante fuertes para cumplir con su función. Había un tiempo para prevenirles contra la rabia, era obligatorio, acudían a la clínica, en donde entre el herrador del equipo de nuestro padre y los dueños de los perros, les enrollaban una cuerda gruesa en el hocico para defenderse de las dentelladas y así inyectarles la vacuna. Abundaban los mastines, perros poderosos y valiosos para los dueños, pues frecuentemente

tenían que pelear con lobos para defender a sus ovejas. Otros eran para la caza. Entonces, cada animal tenía su valor dependiendo de la función que desempeñaba. No abundaban los falderos o de compañía.

En otras campañas había que proteger a las gallinas contra la peste aviar pasando todas por la jeringa del veterinario. Un trabajo oneroso era el de vacunar a las ovejas, pues había que enfrentarse a rebaños muy numerosos y a veces en establos malolientes. El desplazamiento, aun en la década de los 50, raramente se hacía en automóvil, las más de las veces en caballerías y por caminos de difícil acceso o campo a través. Recordamos las llamadas en la puerta de casa, alguna noche de tormentas, y sentir que tras cubrirse con una capa y subir a lomos de una mula se marchaba lejos del pueblo para asistir a alguna urgencia, porque en aquellos años una caballería o una vaca eran el medio de vida de alguna familia, y no era extraño ver cómo frecuentemente anteponían las dolencias de los animales a las personales, y lo hacían porque de esos animales dependía toda la familia. El veterinario sabía eso y no escatimaba sus esfuerzos. Siempre que oíamos los cascotes de los animales llegar a la puerta de casa en plena noche, sabíamos que a continuación llamarían a la puerta y nuestro padre se levantaría para atenderles. Podía tratarse de un animal que no le aportara ningún beneficio, porque siempre ha habido picaresca, y podía tratarse de algún animal que pasaba por igualado. La iguala era frecuente en esa época en la que muchos no podían soportar imprevistos: se pagaba una cantidad por animal con el derecho de

asistirle en sus enfermedades durante un año. Había precio para yuntas mayores y de menor cuantía para las menores. Había algún pícaro que no igualaba todos los animales porque confiaba pasar al enfermo por asegurado.

Julio no sólo estaba dispuesto a no escatimar esfuerzos, frecuentemente le daba una disertación al dueño del animal sobre la enfermedad, los síntomas y el tratamiento. En alguna ocasión recordamos que le dijimos: Este no vuelve para esta enfermedad, y sus conocidos tampoco, porque era normal que se transmitieran conocimientos para ahorrar gastos, pero este veterinario era así.

Era habitual a finales de año la matanza familiar. Se mataban los cerdos engordados a lo largo del año, en parte era una fiesta y la ocasión para acopiar un gran componente del sustento anual. Entonces se cumplía aquello de "Del cerdo se aprovecha todo". En aquellos tiempos, las gentes más humildes cambiaban los jamones de sus cerdos por su equivalente en tocinos, querían combustible para poder enfrentarse a su trabajo diario, aunque este fuera de peor calidad. Para el veterinario las matanzas eran un ingreso importante ya que se pagaba una cantidad por animal reconocido contra la triquinosis. Había que llevar un trocito de lengua y otro de la carrillera. Recordamos a nuestro padre comentar que a veces casi se cortaba los dedos por las muestras tan pequeñas que llevaban. También aquí existía la picaresca, puesto que había personas que llevaban la lengua de un cerdo y la carrillera de otro para así ahorrarse el pago de uno de los cerdos. Aunque era obligatorio reconocer el cerdo, siempre había quien viendo el buen as-

Convento de los Descalzos



historia de la veterinaria

pecto de la carne confiaba en su bondad y no la mandaba analizar o la comían antes de recibir el diagnóstico. En una de esas ocasiones en que la comieron antes de recibir el diagnóstico de “Con triquinosis”, una persona que se había anticipado a comerla acudió a nuestro padre para que le extrajera una muestra de la nalga y tras su análisis pudiera tranquilizarse por no estar contaminado. Los cerdos infectados eran incinerados o arrojados, como tantos otros animales que pudieran propagar una infección, a lo que se conocía como la mina: un gran pozo en sección y profundidad, inaccesible para personas y animales. Ahí se vertían las sardinas y otros pescados que el veterinario mandaba incautar por su mal estado y así proteger la salud de las personas. Otros animales desaparecidos por muerte natural y no contaminante estaban permitidos tirarlos en el campo, donde buitres y otros animales carroñeros se encargaban de limpiar los restos y de mantener así el equilibrio del ecosistema. Estos controles eran otro cometido del Inspector Veterinario.

Tarea obligada y diaria era ir al matadero municipal a examinar, reconocer y sellar las reses que ese día se sacrificaban. Qué horror, lo que entonces veíamos co-

mo normal, aquello que hoy sería un delito, lo veíamos con curiosidad e indiferencia: cómo los corderos y cabritos eran degollados de forma cruenta. Recordarlo hoy es horroroso, pero no había alternativas, estaba normalizado. Algo similar ocurría y en menor medida aún ocurre con las mantanzas familiares, era habitual en las madrugadas frías del invierno oír el gruñido de los cerdos, y desde la cama adivinar: hoy le ha tocado al de fulanito. En esa parte del año, el veterinario ya estaba de madrugada y con antelación en el matadero con el microscopio preparado para el reconocimiento de los cerdos, y para que así las familias pudieran comenzar pronto y con seguridad el picado de la carne y la confección de chorizos, lomos y morcillas con la seguridad de que el cerdo era apto y los guisos y tripas estarían bien empleados.

Esas funciones de Inspector Municipal fueron asumidas por Julio en 1932 por la cantidad de 2.300 ptas. anuales, sin vacaciones, ni seguro de enfermedad y tampoco de accidentes, pero así vivía feliz viendo crecer a sus hijos.

A principio de los 60, nuestro padre recibió la invitación de la autoridad competente de hacerse cargo de la alcaldía de Orellana la Vieja. En esos años se construía el pantano de Orellana y tras un tiempo de responsabilidad en la alcaldía, alegó achaques para presentar su dimisión. La realidad era la incompatibilidad con el ejercicio de la profesión libre de veterinario, pues las actuaciones beneficiosas para el bien general siempre son mal acogidas por algún sector en particular que, en este caso, tenían la alternativa de cambiar de veterinario.

Su vicio era la familia. Su entretenimiento, la cría de pollitas en el huerto de su casa. Nos llegaban recién salidas del huevo, solo hembras, las calentaba con lámparas de infrarrojos y las alimentaba con harinas y yemas de huevo cocido. Pasado un tiempo comenzaban a poner, primero huevos pequeños que iban aumentando conforme se hacían adultas. No comerciaba con ellos, eran para la familia y por su disfrute. Otro de sus entretenimientos era el cultivo en su huerto, especialmente el de las fresas, de las que presumía bastante mientras las comíamos.

Desde siempre practicó la fotografía. Para ello mimaba su trípode y su cámara Kodak de fuelle, con la que trataba de inmortalizar distintos momentos de nuestras vidas. Pero la vida nos reserva sorpresas, algunas veces muy desagradables, y a Julio, cuyo comportamiento y vicios no le hacían merecedor de nada malo, le sobrevino lo peor. A sus 57 años, tras una consulta médica en Badajoz, recibió una noticia maldita, y transmitida de la peor forma: Le quedan seis meses de vida.

Gracias a que ese médico nefasto erró en el tiempo, vivió 10 años, aunque sin dejar de luchar contra el cáncer de próstata y la metástasis. Como tantos veterinarios de su época, aún no tenía cobertura sanitaria alguna, por lo que se vio obligado a soportar privadamente hospitales y tratamientos mientras tuvo que continuar trabajando hasta su final, porque un profesional en veterinaria en aquellos pueblos de penuria, con 5 hijos, lo necesitaba para poder afrontar esa grave enfermedad. Eran tiempos en los que se tenía asumido que con una enfermedad entraba la ruina en la casa.

Murió el 7 de marzo de 1975, acompañado hasta el final por su esposa y rodeado de toda su familia. Un veterinario rural como muchos otros, **anónimo para el mundo pero un héroe para su familia.**

Para más información:

En el Colegio Oficial de Veterinarios de Badajoz, se podrá consultar la bibliografía completa correspondiente a este artículo para todos aquellos interesados.



Vivienda familiar